

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

LUISA MICHEL

Teníamos el pasado número en máquina cuando el telégrafo comunicaba la noticia de la muerte de Luisa Michel... Biografiar á una de las heroínas más salientes de la Commune de París, á la «virgen roja» de antes y á la «buena Luisa» de ahora, como así la han denominado los que detestándola tuvieron que respetarla y los que conociéndola la amaron, es tarea superior á nuestras fuerzas. Tuvimos la satisfacción de estrechar la mano de la viejecita indomable, allá en la nebulosa Londres, cuando las tareas del Congreso Socialista Internacional (1896), en el que tomó parte Luisa, sér todo sensibilidad y ternura, y de la que se ha dicho—Kropotkin, si no andamos equivocados—que «su amor hacia la humanidad es tan grande que la rebasa y se extiende hasta las plantas y á las bestias con igual intensidad». De hecho, basta leer sus poesías para ver cuanta exactitud encierran estas palabras. Cuenta el escritor Luciano Descaves que una tarde de crudo invierno la encontraron Alfonso Montegut y Jorge Meusy, vestida de verano, temblando de frío. A pesar de su resistencia condujéronla á un almacén de ropas hechas y la vistieron de nuevo como reclamaba la estación. Luisa no aceptó hasta que empeñaron su palabra de dejarle el lacrimoso vestido que la cubría... «Para regalarlo, no hay duda,»—se dijeron sus amigos.—Efectivamente, de vuelta á su casa, se endosó nuevamente el viejo é insuficiente vestido y regaló el recién comprado... Rochefort y Clemenceau, que han permanecido siendo sus inalterables amigos, tuvieron muy frecuentemente que tomar medidas severas para impedir que los subsidios que la hacían llegar no fueran inmediatamente distribuidos en derroches de solidaridad... Donde había una miseria allí estaba Luisa para aliviarla; donde asomaba una protesta popular, el primer grito de rebelión lo daba ella. Prodigándose siempre, no ha pedido nunca nada para sí. Rechazó el indulto que para ella solicitaron en 1871 varios amigos suyos y permaneció en Nueva Caledonia con los demás deportados á quienes no quiso dejar. Un desequilibrado le dispara dos tiros de revolver, mientras daba una conferencia, y fué ella la que primero solicitó su libertad y ella quien mantuvo la familia de aquel desgraciado. Y no se crea que esta sensibilidad llevase aparejada la debilidad. Luisa Michel dió una lección de virilidad, ante el consejo de guerra, después de la Commune, á muchos sublevados que vencidos, presos y procesados trataban de eludir la responsabilidad de sus actos.—«Yo no quiero ser defendida, dijo al tribunal, y acepto toda la responsabilidad de mis actos. Lo que pido es ser conducida al campo de Satory donde han sido conducidos y ametrallados nuestros hermanos. Ya, que según parece, no hay más derecho para todo corazón que late por la libertad que un poco de plomo, yo pido mi parte. Si no queréis ser unos viles, matadme...» La «buena Luisa» deja escritas novelas, memorias y poesías varias. Siguiendo nuestra costumbre, honramos las columnas de NATURA reproduciendo un capítulo de su obra «La Commune». Es nuestro saludo á su memoria. — LA REDACCIÓN.

Proclamación de la «Commune»

La proclamación de la «Commune» fué espléndida; aquella no era la fiesta del poder, sino la pompa del sacrificio:

sentíase á los elegidos dispuestos para la muerte.

La tarde del 28 de marzo, con un claro

sol que recordaba el alba del 18, el 7 germinal, año 79 de la República, el pueblo de París, que, el 26, había elegido su «Commune», inauguró su entrada en el Ayuntamiento.

Un océano humano bajo las armas, bajo las bayonetas apretadas como las espigas de un campo, los clarines rasgando el aire, los tambores sonando sordamente y entre todos el inimitable ruido de los dos grandes tambores de Montmartre, los que la noche de la entrada de los prusianos y en la mañana del 18 de marzo sacaron del sueño á los parisienses, con sus palillos espectrales de puños de acero, despertaban extrañas sonoridades.

Esta vez las campanas de alarma estaban mudas. El sordo rugido de los cañones saludaba, á intervalos regulares, la Revolución.

Y también las bayonetas, inclinándose ante las rojas banderas que, hacinadas, rodeaban el busto de la República.

En lo más alto, una inmensa bandera roja. Los batallones de Montmartre, Belleville y la Chapelle tienen sus banderas coronadas por el gorro frigio; tomariaseles por secciones del 93.

En sus hileras se ven soldados de todas armas, de línea, de marina, artilleros, zuavos.

Las bayonetas, cada vez más apretadas, desbórdanse en las calles circundantes; la plaza está llena; la impresión es exactamente la de un campo de trigo. ¿Cuál será la cosecha?

París entero está en pie, el cañón sueña de vez en cuando.

En un estrado se encuentran los individuos del comité central; enfrente están los de la «Commune», todos con la banda roja.

Pocas palabras en los intervalos que marcan los cañones. El comité central declara expirado su mando y entrega sus poderes á la «Commune».

Se hace el llamamiento nombre tras

nombre; un grito enorme resuena: «¡Viva la «Commune!» Los tambores ensordecen, la artillería conmueve el suelo.

— ¡En nombre del pueblo — dice Ravier — la «Commune» está proclamada!

Todo fué grandioso en aquel prólogo de la «Commune», cuya apoteosis debía ser la muerte.

Nada de discursos, un inmenso grito, uno sólo: «¡Viva la «Commune!»

Todas las músicas tocan *La Marsellesa* y el *Canto de la Partida*. Un huracán de voces forman el acompañamiento.

Un grupo de ancianos bajan la cabeza hasta el suelo; dijérase que oyen á los muertos por la libertad; son los escapados de Junio, de Diciembre; algunos, de cabellos completamente blancos, son de 1830.

Si un poder cualquiera podía hacer algo, este poder hubiera sido la «Commune», compuesta de hombres de inteligencia, de valor, de increíble honradez, que la víspera ó mucho tiempo antes habían dado pruebas incontestables de abnegación y de energía. El poder, esto es indudable, los aniquiló y, no dejándoles implacable voluntad sino para el sacrificio, supieron todos morir heroicamente.

Es que el poder está maldito, razón porque yo soy anarquista.

La noche misma del 28 de marzo, la «Commune» celebró su primera sesión, inaugurada por una medida digna de la grandeza de aquel día; se tomó la resolución, á fin de evitar toda cuestión personal, en el momento en que los individuos debían entrar en la masa revolucionaria, de que los manifiestos no llevarían más firma que ésta: «*La Commune.*»

En esta primera sesión, algunos, que se ahogaban en la cálida atmósfera de una revolución, no quisieron ir más allá; hubo dimisiones inmediatas.

Estas dimisiones ocasionaban elecciones complementarias; Versalles pudo

aprovech

en torno
He aqu

mera ses

«Ciud

»Nuest

da. El vo

Repúblic

»Un p

cogido p

defensa r

deshonra

actualida

aun hab

de vuest

zar á las

conspira

guerra e

las corru

plicidade

digar el

»Apela

bles al ju

»Ciuda

tuciones

tivas.

»Sois

fuerte co

ción que

rar los c

caído.

»La in

jo suspe

ciales p

pulso vi

»Hoy

decisión

referent

»Todo

restable

»La g

la única

vá á ser

»Tale

»Los

aprovechar el tiempo que París perdía en torno de las urnas.

He aquí la declaración hecha en la primera sesión de la «Commune»:

«Ciudadanos:

»Nuestra «Commune» está constituida. El voto del 26 de marzo sanciona la República victoriosa.

»Un poder vilmente opresor os había cogido por el cuello; debíais en legítima defensa rechazar un gobierno que quería deshonraros imponiéndoo un rey. En la actualidad los criminales á quienes ni aun habéis querido perseguir abusan de vuestra magnanimidad para organizar á las puertas de la ciudad un foco de conspiración monarquista, invocan la guerra civil, hacen entrar en juego todas las corrupciones, aceptan todas las complicidades, hasta se han atrevido á mendigar el apoyo del extranjero.

»Apelamos por esos manejos execrables al juicio de la Francia y del mundo.

»Ciudadanos, nos acabáis de dar instituciones que desafían todas las tentativas.

»Sois dueños de vuestros destinos; fuerte con vuestro apoyo, la representación que acabáis de establecer va á reparar los desastres causados por el poder caído.

»La industria comprometida, el trabajo suspendido, las transacciones comerciales paralizadas, van á recibir un impulso vigoroso.

»Hoy mismo se tendrá la esperada decisión sobre los alquileres; mañana las referentes á los vencimientos.

»Todos los servicios públicos serán restablecidos y simplificados.

»La guardia nacional, en lo sucesivo la única fuerza armada de la población, va á ser reorganizada inmediatamente.

»Tales serán nuestros primeros actos.

»Los elegidos del pueblo no le piden,

para asegurar el triunfo de la República, sino que les sostenga la confianza de los ciudadanos.

»Por lo que á ellos respecta, cumplirán su deber.

»*La Commune de París*, 28 marzo de 1871.»

Cumpliéronle, en efecto, ocupándose de todas las seguridades de la vida para la multitud, pero ¡ay! la primera seguridad hubiera sido vencer definitivamente la reacción.

Mientras la confianza renacía en París, los ratones de Versalles agujereaban la quilla del navío.

Todavía hubo algunas dimisiones por motivos varios.

En los primeros días habíanse formado comisiones, que, sin embargo, no eran definitivas; según sus aptitudes, los miembros de una comisión pasaban á otra.

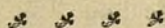
La «Commune» se componía de una mayoría ardientemente revolucionaria y una minoría socialista que razonaba en ocasiones demasiado para el tiempo que corría, semejantes en que siempre iban á parar á las mismas conclusiones, en el temor de adoptar medidas despóticas é injustas.

Un mismo amor á la Revolución hizo idéntico su destino.

«¡La mayoría también sabe morir!» exclamó algunas semanas más tarde Ferré, abrazando el cadáver de Descluze.»

«Ocurra lo que quiera — decían los miembros de la «Commune» y los guardias nacionales—nuestra sangre marcará profundamente la etapa.»

Y la marcó, en efecto, y tan profundamente que la tierra quedó saturada; abrió en ella abismos que sería difícil franquear, como la roja sangre de las rosas florece las colinas.



Psicología del dolor

No es difícil encontrar en todo el proceso evolutivo de la «psiquis» del hombre un momento de vacilación, de decaimiento, que señala la aparición de un espíritu pesimista; y, si hasta el instante de la génesis de este último período, de este último estado subjetivo, todo parecía inducirle á confiar en la fatal sucesión de los acontecimientos que habían de encaminar la Historia hacia un ideal, desde ahora todo será mirado, sino como imposible, al menos como dudoso ó irrealizable: He aquí, pues, una variación del estado de actividad de la «psiquis», variación que no es otra cosa que la expresión orgánica del triunfo del dolor en su lucha constante con las aspiraciones ideales del espíritu.

Algunos psicólogos han considerado la sensación de dolor, producida por la contemplación de las miserias sociales, como experimentada, casi exclusivamente, por la masa ignorante y por las almas débiles. Por mi parte, me he preguntado multitud de veces si lo que sucedía no era precisamente lo contrario; si el dolor no era tanto más difuso é intenso cuanto mayor era el grado de educación científica y artística del hombre; si, en fin, el alma del hombre pensador no era algo así como un núcleo, un centro al cual van á converger todos los dolores del mundo. Y un día encontré la respuesta: un poeta francés, Mauricio Rollinat, en unos versos, condenaba el cuadro real de toda una psicología del sufrimiento. La composición llevaba por título *Los lamentos*; la leí y conservé impresa una de las estrofas. Héla aquí:

«Sí! En el susurro formidable de las nubes mi alma escucha, á veces, el sollozar infinito. ¡Mi alma! donde van á unirse y á repercutir todos los escalos-

fríos esparcidos de los dolores ignorados» (1).

El inculto, el bruto, apenas si posee esa fina impresionabilidad de los espíritus conocedores de las verdaderas causas del dolor. Mientras estos últimos se han sensibilizado, hasta el punto de que el sufrimiento de su hermano salvaje repercute en su cerebro, aquél, en cambio, no siente con tanta difusión, ni quizá con tanta intensidad sus propios sufrimientos. ¿No es, en Fisiología, una ley que la sensación dolorosa es tanto más intensa cuanto mayor es la excitabilidad de los nervios impresionados? En Psicología ¿no es un hecho que las investigaciones bien dirigidas en el terreno de la Ciencia Social, llevan consigo el desarrollo de la impresionabilidad refleja para el dolor, conducen á la adquisición de un sentido interno, verdaderamente central? ¿Que diferencia entre el modo de sentir del sabio y del ignorante! No quiero recordar más que una de las composiciones de Le Bayly, *Le Sage et le conquérant*, porque es una poesía reflejo exacto de la realidad que vivimos; en ella ha pintado el poeta el verdadero cuadro del campo psicológico que pisamos.

Cuando el conquistador relata al sabio las horribles matanzas, las victorias en las que «por millares soldados agueridos han encontrado sus funerales»; cuando se enorgullece de contemplar las cenizas, restos de ciudades, los campos arrasados «¡Ah!, le responde el sabio, ¿osáis creerlo? No, yo no veo alrededor de estas murallas más que cenizas, que despojos y que osamentas esparcidas. ¡Vanamente busco la gloria! (2)».... ¿No

(1) Traducción libre de una de las estrofas de la poesía francesa *Les Plaintes*.

(2) Trad. lib. de una estrofa de la poesía citada.

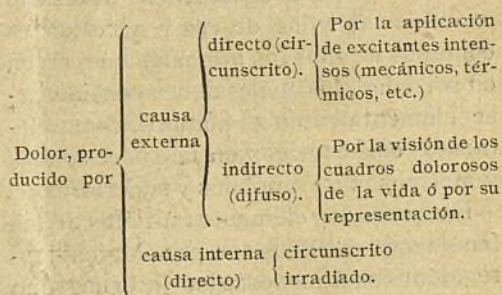
véis aquí la diferencia que separa al sabio del ignorante, al juzgar el cuadro de desolación que se extiende ante sus ojos? El abismo que los separa es inmenso; tan hondo y tan negro como el que separa á un profano de un verdadero crítico de arte, tan grande como el que distancia á un campesino semi-salvaje de una persona de exquisito gusto artístico, capaz de *sentir* las composiciones de Mozart y de Schubert.

Llamo la atención, sobre todo, en esa distinción que, ya *de visu*, hemos establecido entre la sensación directa del dolor y la sensación general refleja. Con efecto, nosotros podemos ser lastimados, heridos directamente, y esto producirá en nuestra alma una sensación dolorosa *directa*. Pero nosotros podemos también ver sufrir á un hermano nuestro; nuestra vista puede ser impresionada por un cuadro de miseria y de pobreza, y entonces nuestros nervios se desgarran, nuestro cerebro percibe el sufrimiento (sensación dolorosa indirecta). Igualmente que á la vista puede molestarla el sol directamente ó bien el astro reflejado en las aguas de un lago ó en la superficie de un espejo, del mismo modo nosotros podemos percibir el dolor, bien porque apliquen á nuestro cuerpo un excitante interno, bien porque veamos su aplicación en un hombre, en un hermano nuestro.

De aquellas diferencias de comportamiento sensible ante la realidad, ante el dolor del resto de los hombres, surgen los opuestos caracteres de las personalidades. ¿No lo véis?... De aquella mujer que miráis triste, abatida, con los ojos expresando el sufrimiento, la esperanza, podéis decir que es, ó una histérica ó una inteligente que conoce los motivos reales del dolor; y de aquel hombre, igualmente deprimido, melancólico, po-

déis asegurar que es, ó un neurótico ó un organismo sufriendo por lo que sus estudios le enseñaron. He ahí el dilema.

Y, ahora, apoyándonos en lo que hoy sabemos de las causas del dolor, y prescindiendo de hacer un estudio crítico de la discusión á que se ha sometido recientemente la existencia de nervios especiales, encargados de la recepción de las sensaciones dolorosas, podemos clasificarlas de la siguiente manera:



El mecanismo de la percepción de las sensaciones comprendidas en el grupo de las *directas* es mucho más sencilla que el de las catalogadas en la agrupación de los dolores indirectos; y mientras que para la percepción de las primeras se requiere solamente como condición orgánica, la integridad anatómica y química de los conductores nerviosos y de los centros bajos del dolor; para la de las últimas es preciso, además de lo ya mencionado, la existencia de un centro superior, cerebral, que se halle en conexión con los centros cerebrales analizadores. La experiencia nos enseña que si son muchos, casi todos, los que tienen desarrollados los órganos de percepción de las sensaciones primeras, son en cambio, muy pocos los que poseen un sentido cerebral interno muy desenvuelto: su desarrollo es un signo de perfeccionamiento y superioridad mental.



Señales de sociología política

Los fenómenos psicológicos humanos no tienen leyes especiales exclusivas y no se diferencian más que de grado de los que observamos en los animales. Así para buscar los orígenes de los hechos políticos, que como todos los demás concernientes á la complicación social son fenómenos psicológicos, es necesario examinar aquellos deseos y necesidades comunes á todos los animales que viven en sociedad, los cuales deben considerarse elementales en el hombre, como elementos constitutivos en las necesidades y motivos más complejos y superiores.

De hecho los elementos últimos de los fenómenos políticos son psicológicamente idénticos á los estados internos que dan lugar á los fenómenos regulativos animales, los cuales presuponen naturalmente aquellos más simples de nutrición, reproducción y defensa, pues de otro modo no tendrían base ni objeto.

La lucha por el alimento, por la hembra, por la defensa, tiene por consecuencia la *inhibición*, que es el antecedente de un hecho dominativo. Los más débiles véanse constreñidos á frenar todos aquellos actos que pueden producir una rivalidad por parte de los más fuertes, y á quienes obedecen por miedo al dolor que podrían infligirles. De este modo se tiene el dominio de una parte y la subordinación de otra: fenómenos que se encuentran *á fortiori* en los animales sociables.

Ciertas sociedades de hormigas, animales dotados de alta funcionalidad psíquica, que según Darwin constituyen uno de los fenómenos más maravillosos, poseen esclavas. La hormiga esclavista se hace obedecer, se hace traer ciertas clases de alimentos catados anticipadamente por la hormiga esclava inhibida. El dominio se ejerce también en las so-

ciedades de hormigas que no tienen esclavas, donde algunas obligan á las compañeras á mantener el orden, evidentemente con amenazas.

También los monos son animales subordinados, pues que siguen medios que les permiten obtener un fin, el cual pertenece solamente al mono dominador.

En cambio, en la *imitación*, fenómeno puramente voluntario, se obtiene un fin igual hasta en el imitador.

Los hechos de imitación que constituyen el segundo grupo de los fenómenos regulativos, son muy comunes en las sociedades animales. No hay en estos un fin fuera del individuo, el cual, cuando siente una necesidad y no conoce el medio de satisfacerla, apenas ve á otro que satisface igual necesidad, lo imita enseguida.

Entre los animales que conviven en sociedad se cumplen, por facultad simpática, otros hechos regulativos que constituyen la *reglamentación* propiamente dicha, por la que el individuo percibe la causa de la necesidad, el objeto que suscita el deseo ó aversión, y se ve empujado á actuar los medios que le permiten obtenerlo ó rehuirlo.

Los animales que conviven en grupos, están todos expuestos á las mismas causas de dolor y de placer y por ley psicofisiológica expresan sus varias emociones por medio de signos exteriores (gestos ó sonidos). Experimentando simultáneamente la misma sensación, la manifiestan externamente de idéntico modo, y la repetición, para cada caso consimil, de la misma manifestación, les induce por asociación psíquica, á coligar, á una emoción dada un signo dado y análogamente á comprender un signo dado como el efecto de una emoción dada. Así sucede que, si uno sólo del grupo

emite un cierto grito, producto del miedo, todos los demás individuos sentirán el mismo miedo, aunque no hayan divisado el objeto capaz de suscitarlo, y huirán todos en tropel.

De este modo se cumple un proceso eminentemente regulativo, pues que basta que un solo individuo perciba la causa de terror y exprese su miedo para que todos los demás regulen sus actos usando los medios adecuados para ponerles en salvo.

Lo propio que con el miedo sucede con las demás emociones. Si uno lanza un grito de alegría á la vista de un alimento los demás acudirán en seguida.

Otros hechos regulativos ocurren también en virtud de la asociación psíquica. Si, por ejemplo, alguno del grupo ha observado la fuga de un animal y al mismo tiempo se ha dado cuenta de la aproximación de un enemigo, en lo sucesivo, cuando ve á alguno que huye infiere la presencia del enemigo y sin verlo hecha á correr; significa que ha percibido el objeto que causa miedo por simple inferimento después de una asociación psíquica.

Á menudo sucede que los animales regulan sus actos observando el modo de comportarse los animales de otra especie. Muchos monos, cuando ven que el lagarto se esconde, infieren la presencia del enemigo por asociación psíquica, y huyen.

Hasta aquí los hechos de reglamentación pasiva; pero existe también una *reglamentación activa*, la que se produce cuando un individuo emite voluntariamente aquellos sonidos á los que los demás individuos asociaron una idea de placer ó de dolor, y espera al emitirlos que los demás acudan ó huyan. (El maullar del gato que llama á sus pequeñuelos es un sonido emitido voluntariamente, y es, precisamente, un ejemplo de reglamentación activa.) Á medida que la psíquis animal se desarrolla, se inten-

sifica la actividad regulativa, localizándose, centralizándose esta en determinados individuos del grupo, por ejemplo, el *jefe*, que es el individuo más fuerte, que se impone á mordiscos y cornadas y adquiere régia cierta. No es éste, sin embargo, un simple fenómeno de fuerza, porque el mismo individuo que, más robusto, subordina á los demás, es al propio tiempo el más experto y el más hábil; sus señales sirven de guía para acudir ó huir: se le imita, regula activamente.

Á veces la actividad regulativa queda difundida en todo el grupo y se explica como fenómeno inter-individual: este caso se da en ciertos caballos que no tienen jefe y se regulan anárquicamente.

La importancia de los hechos regulativos, sea que se localicen ó que queden difusos no es bastante observada, pero es grande. No todos los individuos del grupo están en iguales condiciones favorables para divisar la presa ó el enemigo. El que está mejor dotado ó se halla en posición ventajosa, descubre el primero el objeto de atracción ó de repulsión y por medio de sus señales exteriores regula la conducta de todo el grupo, pero esto no sería posible si no se sucedieren los hechos regulativos debidos á asociaciones psíquicas.

Los hechos regulativos permanecen idénticos en el hombre, en el cual se complican debido al lenguaje, que es por sí mismo el más elevado hecho regulativo que aparece en los animales. Surge éste como hecho regulativo, porque su primer origen está en la asociación psíquica, entre la emoción y el signo exterior, y completa y perfecciona todos los demás hechos regulativos.

Con el lenguaje, la psíquis sufre una transformación, una sublimación, porque toma el lugar de un especial grupo de asociaciones cuyo centro consiste precisamente en la palabra, y entonces comienza la abstracción lógica humana.

Pero prescindiendo del grado elevado á que ha llegado el hombre con el lenguaje, los hechos regulativos son, en sustancia, iguales.

El *dominio* y la *subordinación* se averiguan del mismo modo, con la única diferencia que en lugar de mandar á mordiscos y cornadas se manda por medio de la palabra.

La *imitación* se produce por medio de una simple frase. Un agricultor, por ejemplo, pregunta á otro: ¿cómo cultivas tal género de plantas? Este responde con palabras y el primero imita el método. De este modo la imitación se produce abreviativamente porque no hay necesidad de observar lo que la palabra puede expresar.

Los niños, los jóvenes, aprenden por medio de la palabra todo el progreso de las generaciones pasadas, pero á pesar de que el fenómeno de imitación esté inmensamente abreviado, en el fondo es idéntico.

Así también la *reglamentación pasiva y activa* es más elevada, más compleja, no se produce por sonidos inarticulados ó signos, pues que el lenguaje responde infinitamente mejor al objeto, pero en su esencia es igual.



Todos los hechos regulativos referidos constituyen los elementos psíquicos más útiles al surgir los fenómenos políticos.

En los primeros grados de composición social no se encuentran hechos políticos. Las hordas de los cazadores ni siquiera tienen jefe: los individuos son todos iguales, la horda es anárquica y recíprocamente sus componentes regulan sus actos. Cuando se trata de atacar al enemigo, ni siquiera escogen un jefe temporal para la lucha; siguen al más *osado* de la horda, del propio modo que el grupo de animales sigue al jefe, y esto no deja de constituir un hecho regulativo.

Cuando por evolución social, por efecto inmediato de las condiciones y de las necesidades económicas surge el *parentesco*, se forma un grupo social más complejo, ó sea, el *clan*.

Pero tampoco en el clan se encuentra el fenómeno político; todo lo más llega éste á la inhibición social, la cual da por resultado impedir que se produzcan acciones ó perduren efectos capaces de dificultar ó destruir el ejercicio de determinadas actividades y el disfrute de ciertos determinados bienes.

Hallamos en el clan una rudimentaria estructura jurídica, cuando los individuos más competentes constituyen el concejo que sentencia ó concejo de los ancianos. En otros clans, todos los individuos adultos que trabajan, juzgan de modo muy democrático, en la más perfecta igualdad, pero no se va más allá de este fenómeno jurídico.

El concejo de los ancianos ó las asambleas populares se limitan á decidir si se debe iniciar una expedición de caza ó de pesca, si ha de comenzarse la siembra ó la cosecha, si ha llegado el caso de hacer la guerra; definen los actos nocivos, castigan á los culpables, pero todas las deliberaciones tienen únicamente por norma los hábitos precedentes, no tienen nunca influencia sobre el porvenir.

No debe dar lugar á equívoco encontrar en el clan una función administrativa, porque mientras en las sociedades modernas la administración presupone la ley, en el clan ésta no hace más que seguir á los usos.

Cuando el clan se ha vuelto demasiado numeroso se escinde y cada división constituye la *aldea*. En la aldea, como en el clan, existe la actividad jurídica ejercida por el concejo de los ancianos, pero nada hay que se asemeje siquiera á la actividad política. Aun cuando existe un jefe guerrero no constituye esto un hecho político, sino simplemente un fenómeno regulativo humano. El jefe mi-

litar se elige por turno y pierde inmediatamente toda su autoridad después de la guerra; no es un jefe político, sino un regulador ó director temporal que dura cuando la guerra, la cual no ha sido ni deseada ni acordada por él, sino por todos.

La aldea presupone la *tribu* cuando, salida aquélla por división territorial, no tenga en lo sucesivo intereses diversos de los de las demás aldeas y clans. Para que conserve el recuerdo de su origen y tienda á la integración es necesario que tenga intereses y objetivos comunes, como la caza del elefante y del bisonte, la pesca del salmón, la caza peligrosa en el bosque, el uso de los diques contruidos en común ó de los bosques, de las fuentes, etc. En todo caso podría tener el interés común de la defensa, pero entonces elige un jefe militar y entra de nuevo dentro del fenómeno regulativo.

Pero aún allí donde la integración es posible debido á intereses idénticos, tiene objetivos puramente económicos, ó también jurídicos, guerreros, pero no da lugar á fenómenos políticos.

Siendo continua, bajo la presión de la guerra, la necesidad de la defensa, las aldeas y los clans sienten cada vez más la necesidad de unirse para combatir al enemigo común y entonces se organizan en tribu, después en federaciones de tribus, las cuales reúnen sus representantes en el *Concejo de la tribu* que delibera sobre la guerra, forma alianzas y elige el jefe militar.

De este modo se tiene ya un verdadero Parlamento, un verdadero gobierno representativo; pero éste es temporal y sólo se refiere á las cosas de la guerra. En los acuerdos de los representantes, los cuales son á menudo elegidos por el

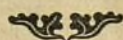
pueblo de los clans y de las aldeas, y en la elección del jefe militar, hállese ya el primer rudimento del fenómeno político, pero fáltale aún su verdadera esencia específica, pues que hasta aquí no es más que un acuerdo inmediato, sin coordinación.

El fenómeno político no podía surgir por necesidad artística, ó religiosa, ó científica, sino únicamente para satisfacer la necesidad de la guerra, la necesidad de la defensa social (por más que ahora la guerra puede desaparecer y los fenómenos políticos pueden subsistir). Pero el fenómeno político no queda extraño á la necesidad jurídica y económica; de hecho, apenas surgió, la primera función que usurpó es la jurídica mediante la cual regula la economía.

Cuando la evolución social se desarrolló aun más y surgió la *polis*, la ciudad, comenzó la legislación. El jefe militar elegido para la defensa asume el oficio de legislador, ordena, modifica lo que sirve de guía á los jueces; además de jefe militar es jefe político; éste y las asambleas populares regulan y modifican, por medio del derecho, los fenómenos económicos, influyendo de este modo sobre todos los fenómenos más simples.

En la *polis* el fenómeno político llega á su completo desarrollo. Pero si durante un largo período no existieron privilegios de clases; si en los clans, donde todos los individuos eran económicamente iguales, no pudo existir la disención entre amos y siervos, entre capitalistas y asalariados, en cambio en la *polis* se formó ya una aristocracia basada en el dinero, y de este modo el fenómeno político se concentra en quien posee la riqueza, y sirve para hacerse dueño del derecho mediante el cual mantiene y garantiza los privilegios económicos.

De *L'Università Popolare*, Mantova, 1904.



Los malos pastores

Reflexiona, Fabio, en esta coincidencia: cientos de miles de hombres hay en España sin trabajo; cientos de millones hay en la cuenta corriente del Banco de España. Y ahondando en ello acaso te des cuenta de la razón de muchas sinrazones y de la positiva realidad de muchas aparentes paradojas. Cómo emigran los españoles de un territorio que podría mantener triple población de la que le ocupa. Cómo vive un pueblo en la miseria sobre un suelo que oculta un tesoro. Cómo se van los laboriosos y vienen los holgazanes. Por virtud de qué motivos España exporta juventud, vida trabajo y energías fecundantes, é importa ociosidad, esterilidad, quietismo, prejuicios y muerte.

Tomad esos cientos de millones y empleados con probidad, con inteligencia, con solicitud en empresas fértiles, riegos y abonos, escuelas y caminos, bancos agrícolas y sociedades mercantiles, roturación de yermos ó explotaciones mineras. El capital recogería su beneficio. La riqueza pública aumentaría. Cuantos carecen de pan y trabajo encontrarían trabajo y pan. No puede ser. Á ello se oponen la arbitraria voluntad del dueño que quiere que esos millones permanezcan inactivos, sin provecho para nadie. Es una prerrogativa del derecho de propiedad. Singular organización económica que permite á los ricos decretar el hambre de los pobres, llama derecho al perjuicio ajeno y autoriza al capricho para efectuar el divorcio del capital y el trabajo, impidiendo entre ellos la cópula fecunda de la producción.

El economismo clásico incurrió en un enorme extravío. Á fuerza de exaltar las excelencias del interés individual llegó hasta á consagrar el egoísmo. Prescindió de todo elemento ético. Esos

principios han dado sus frutos. Si Adam Smith ó Bastiat ó Juan Bautista Say levantarán la cabeza ¿no reconocerán su yerro? La pretendida armonía de los intereses se ha transformado en tremenda lucha de clases. La libre competencia ha ido á parar á los monopolios de los *trusts*. La esperada nivelación de las condiciones sociales es hoy contraste irritante, abismo insondable entre la opulencia y la miseria. Eso ha hecho donde quiera el egoísmo ilustrado, activo, emprendedor de la moderna burguesía. ¡Cual no habrá sido la obra del egoísmo torpe, menguado, sin horizontes, propio de aquellos países en que la riqueza del bolsillo va casi siempre emparejada con la pobreza del espíritu! (1)

¡Ah, pastores del rebaño español, ciegos, guías de ciegos, qué labor la vuestra! Habéis dejado estériles todas las fuentes de riqueza. Habéis limitado vuestra función social al cómodo oficio de cortar el cupón. Habéis consentido que el capital extranjero viniera á explotarnos y á hacer de nuestra miseria granjería. Hicisteis del presupuesto, Maura lo ha dicho, vuestra lista civil. Rehusásteis pagar los impuestos, cuando por ley, cuando por trampa. El Estado ha sido vuestro monopolio. Organizásteis en vuestro provecho justicia y administración. Erigisteis en orden social el caciquismo y la oligarquía. Dejásteis al pueblo sumido en la ignorancia. Con arte diabólico hicisteis vanas para él todas las libertades públicas. Mediante el favor habéis practicado la eliminación de los buenos y la selección de los peores. La ley fué vuestro juguete. Llevásteis á

(1) Apúntense este latigazo las clases directoras de los países republicanos. Por ser de un republicano, esta crítica «anarquista» no les dolerá tanto. Y apúntenselo asimismo los economistas oficiales, hoy al uso. Nosotros reímos...—N. DE R.

la nación el desastre y en la guerra originada por vuestras concupiscencias negásteis á la patria el concurso de vuestros hijos. De artificio habéis enfermado á la moneda y de artificio engendrado el hambre. Avaros para toda empresa noble y patriótica sólo habéis sido pródigos para subvencionar los artifices de tinieblas que os ofrecían, tras los goces de esta vida, la felicidad de altratumba.

Yo creo con Giner, con Costa, con Unamuno, con Morote, con Altamira, con Posada, con todos cuantos aquí saben juntamente pensar y sentir, que el problema de España es un problema pedagógico y que la regeneración de la patria ha de proceder de la escuela.

Pero no de la escuela donde se han formado nuestras misérrimas clases directoras. Con ser el analfabetismo un mal tan grave, todavía no ha sido el más grave de nuestros males. En nuestros desastres ha tenido la ignorancia una función pasiva. No los ha ocasionado; solamente los ha hecho posibles. Los causantes de nuestros infortunios sabían todos leer y escribir. Hace falta una escuela donde no sólo se enseñe el alfabeto, una escuela que sea ante todo y sobre todo fábrica de caracteres, productora de conciencias, taller donde se forjen hombres. ¿Es posible crear aquí una escuela semejante? Hay que intentarlo. Si no se logra estamos perdidos.

Publicidad, Barcelona, Enero, 1905.

J. Cabrera Díaz

¡Oh, el Parlamentarismo!

Con motivo de los últimos ruidosísimos incidentes que han tenido por escenarios los Parlamentos de algunos Estados europeos, hemos observado como hombres de distintas y hasta opuestas tendencias sociales proclaman la bancarrota del parlamentarismo.

La significativa frecuencia con que se suceden los escándalos en el seno de las Cámaras legislativas bien explica y justifica que *gentes de orden*, «buenos burgueses» muchos de ellos, certifiquen, á riesgo de tenerseles por revolucionarios, nada menos que la muerte de un sistema político y no de un sistema político cualquiera, sino precisamente de aquel que constituye la última trinchera, el último refugio del *intangible* «principio de autoridad».

Sin embargo, el régimen parlamentario murió virtualmente hace muchos años, desde que la *Internacional* colocó en sus programas la acción económica, netamente revolucionaria, frente á la

acción política, aun frente á la «política obrera», y declaró por boca de sus Congresos, después de una crítica detenida y razonada de las teorías democráticas, que «la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado», (Saint-Imier-1872); que «no hay distinción alguna entre los diversos partidos políticos, llámense ó no socialistas», (Verviers, Bélgica-1877); que «los trabajadores son enemigos de la acción parlamentaria», (Londres-1881), y que «abominando de todo despotismo, no reconocen ninguna forma de Estado», (Manifiesto de la Sección ginebrina).

Á partir de aquel soberbio y memorable movimiento internacional, que puso en la picota las pretendidas excelencias del régimen parlamentario, los obreros iniciaron un cambio en sus procedimientos y en sus tendencias. «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», consignaba Carlos Marx en el manifiesto-programa

de aquella poderosa Asociación; y poniendo esta afirmación elocuentísima á la cabeza de sus reivindicaciones, los productores conscientes optaron clara y terminantemente por la lucha económica, directa y revolucionaria, mientras un grupo de ambiciosos y de ignorantes desertaba de la *Internacional* para constituir en 1872, en el Congreso de La Haya, un nuevo partido, tan legalista y reaccionario como los demás y fracasado hoy también como éstos en medio de las defecciones, de las cobardías y de las vilezas de sus prosélitos.

Desde entonces no hemos hecho más que combatir ruínas. La política gubernamental y parlamentaria vegeta, muere dentro de su mezquino círculo de clase; y los últimos incidentes no son otra cosa que los síntomas de su total y próximo derrumbamiento. Hace diez años ya lo proclamaba el diario *Libre Parole*, de París, con estas francas y rudas expresiones: «La idea de la autoridad naufraga hoy en el escándalo. El escándalo lo domina todo. Es el vergonzoso *leit-motiv* de la farsa parlamentaria, el estribillo ignominioso del *vaudeville* oficial. Para calificar nuestra historia *políticastra* (la palabra *política* no es bastante baja) el porvenir se contentará con un adjetivo; dirá que fué escandalosa...» (Junio, 3-94).



¿Qué debemos al parlamentarismo?

Examinada rigurosamente esta cuestión desde el punto de vista histórico, bien pronto nos convenceremos de que nada ha hecho, de que nada ha podido hacer en favor del desarrollo pacífico y progresivo de las Sociedades. Los anales del siglo XIX, en cuya centuria el régimen representativo llegó á manifestarse en toda la plenitud de su virtualidad y de su fuerza, están llenos de elocuentes páginas que nos demuestran cómo bajo ese sistema han ganado en intensidad las causas generadoras del dolor.

El parlamentarismo se desenvolvió al amparo de la sencilla credulidad de las muchedumbres. La burguesía, triunfante en la revolución del 89, no modificó en su esencia ninguna de las instituciones oficiales del Estado. Redujo todas sus transformaciones á palabras; cambió los nombres únicamente. Mas, bastante lista para no comprender que el pueblo, así como había desposeído á los nobles del poder y de la riqueza, podía también atacar los nuevos privilegios creados al día siguiente de la revolución, hizo cuanto la fué dable para evitarlo, para contener dentro de límites «legales», los radicalismos propios de aquella plebe hambrienta que pedía, no una simple substitución de etiquetas, sino el bienestar para todos, la vida posible y digna para todos.

Fué así como los nuevos privilegiados, los nuevos dueños del poder y la riqueza, emprendieron la tarea de adormecer primero, de anular completamente después, los sentimientos rebeldes que por entonces tenían sus más genuinos representantes dentro del grupo de los Hebertistas, del partido de Marat y de los Jacobinos. En aquella fecha nació el «arte de la política» tal cual lo vemos ejercido en nuestros días. Y el pueblo, la eterna bestia, sucumbió después de cuatro años de lucha.

Se creyó libre prestando su concurso á la farsa parlamentaria, sin darse cuenta de que así sólo remachaba las cadenas de su esclavitud económica. Se contentó con saber que en su beneficio la burguesía había consignado en las constituciones los «derechos del hombre», el «sufragio universal», la «soberanía popular», la «igualdad ante la ley» y otras muchas ficciones tan groseras como éstas.

Más no basta llamarse libre para serlo. Los trabajadores comprendieron bien luego que, si económicamente la revolución sólo había cambiado las formas de su esclavitud, en la esfera política, con

aquel soberano y enérgico esfuerzo revolucionario sólo conquistaron ilusorios derechos, mentidas libertades. Un sencillo cambio de amos, nada más. El parlamentarismo no pasó de ser un efficacísimo medio de que se aprovechó la burguesía para afianzar su dominio absoluto. El sufragio universal fué magnífica y segura válvula de escape para las innatas rebeldías del «populacho». Y tanto como la tiranía económica, la tiranía política creó después de la revolución nuevas y más profundas raíces. «En todos los países, exclama Ibsen, la multitud es esclava de los partidos». «Mientras las multitudes, dice á su vez Laisant, se imaginen tener en las manos la soberanía sin poseer de ella más que la apariencia, serán sencillamente rebaños buenos para el matadero, al que se dirigirán lanzando gritos de alegría».



¿Qué debemos al parlamentarismo? volvemos á preguntar.

Puso en su programa, como fundamento primordial de su tarea, la emancipación del pueblo; y he aquí que el pueblo hoy después de más de un siglo de «sufragio universal», sólo le queda el derecho de morirse de hambre y la libertad de escoger tiranos. Surgió como una esperanza de descentralización, de progresiva autonomía; y he aquí que en la actualidad se encuentran centralizados en las manos de la burguesía todos los poderes. Impúsose la misión de impedir las guerras y conquistar al fin la paz universal; y he aquí que los presupuestos de la guerra alcanzan sumas fabulosas en todos los Estados parlamentarios, que los aprestos militares merecen más atención y más simpatías de los Parlamentos que la enseñanza y las obras públicas, que el servicio obligatorio condena á lo más sano y robusto de la masa productora á varios años de desmoralizador presidio cuartelario y que las leyes

que nos brindan «nuestros amables representantes» no van dedicadas sino á atizar la hoguera de las luchas civiles, de las discordias intestinas. Incluyó entre sus propósitos destruir las instituciones envejecidas é inservibles que proclaman ó mantienen la división de los hombres en castas y clases; y he aquí también que esas instituciones, que hubieran podido derrocar fácilmente las muchedumbres revolucionadas en las postrimerias del siglo XVIII, se han robustecido, se han fortalecido, se han apuntalado, merced al concurso de las Asambleas parlamentarias.

Las reformas que ese sistema haya podido «concedernos» han sido arrancadas por el pueblo, en latente insurrección contra la tendencia reaccionaria de los Parlamentos.

Nada, pues, agradecemos al régimen parlamentario. Nada podíamos tampoco esperar de él, ya que nació pura y exclusivamente para el amparo del Capitalismo. Si los antiguos Parlamentos, bajo la Monarquía absoluta, pudieron ser un paliativo, aunque jamás un freno para las arbitrariedades reales, los actuales Parlamentos, fundados en el «sufragio universal», han ilusionado á las masas con promesas y con reformas ineficaces, mas no han podido aniquilar los gérmenes del dolor, las causas eficientes del malestar, que arrancan de la existencia misma del Capitalismo.

Ved como se expresa Kropotkine acerca del sistema parlamentario: «Como todas las instituciones en decadencia, va empeorando más cada día. Se habla de la corrupción parlamentaria de los tiempos de Luis Felipe. Preguntad hoy á los pocos hombres honrados perdidos en ese torbellino y os contestarán: «tanta miseria oprime el corazón». En efecto, el parlamentarismo sólo inspira asco á cuantos le ven de cerca».

El parlamentarismo degenera porque, desde que los trabajadores opusieron á

la acción política la acción económica y á los procedimientos legalistas los procedimientos revolucionarios, vegeta dentro de su mezquino círculo de clase.

La bancarrota del parlamentarismo la proclaman hasta los mismos parlamentarios. Los últimos escándalos nos demuestran que sólo combatimos ya ruínas. Y es tarea higiénica y piadosa aventarlas

para que no inficionen por más tiempo el ambiente.

La revolución llama ya á las puertas de esta Sociedad. En buena hora llegue esa tempestad purificadora que destruya los gérmenes del antagonismo entre los hombres y entre los pueblos. Es preciso, urgente, vitalizar la atmósfera con el ozono de las reivindicaciones proletarias.

Antonio Mornas

La anarquía y los artistas

Los anarquistas no reducimos nuestras reivindicaciones á reclamar la substitución de la autoridad burguesa por la autoridad popular. Pedimos, queremos para todos una libertad sin fiscalizaciones, una igualdad sin estancos, una fraternidad realmente viva y que nos sea, por así decirlo, permitida é impuesta á la vez por el reconocimiento de nuestros derechos y por la conciencia de nuestros deberes. Es, por consiguiente, muy comprensible que nuestro ideal solicite y atraiga inmediatamente la atención de espíritus que, por no estar desprendidos de todo convencionalismo antinatural, á pesar de que trabajan, sin embargo, por una independencia relativa, son incapaces de asociarse, ni siquiera por media hora, á los partidarios de los «pequeños progresos» y de los «medios pequeños».

Entre estos espíritus semi-formados, pero á quienes bastará un impulso para que se forme por completo su ascensión, pueden contarse muchos artistas, pintores, escultores, escritores, etc. Superfluo digamos que no nos referimos á los artistas que disfrutaban ya de una situación, demasiado favorecidos por las Academias y los diplomas honoríficos para que vayan á poner en duda la utilidad de un gobierno. Nos referimos á los debutantes, á los jóvenes, á los desconocidos. La mayor parte vinieron á nuestro

campo disgustados de las miserias humanas y de las iniquidades sociales y por entusiasmo de los principios generosos; los menos porque sufrieron personalmente en sus necesidades y en sus ilusiones por la indiferencia del público y el poco éxito de su labor. Todos se creen anarquistas, y todos, en efecto, lo serían, si quisieran darse mejor cuenta del papel posible del artista en el movimiento de las ideas libertarias.

Según un prejuicio persistente en el mundo de las artes y de las letras, el poeta, el escultor y el pintor representan seres aparte, algo así como los sacerdotes de una iglesia esotérica, es decir, de una iglesia abierta tan sólo á una «élite» de fieles. El error salta á la vista. Bajo el antiguo régimen los artistas renombrados estaban pensionados por los reyes y los señores. Bajo el actual, los artistas «reconocidos de necesidad pública» subsisten mediante profesorados en las escuelas del Estado ó por la cesión de sus obras á los Museos. Pero la mayoría de estos trabajadores de lujo viven, ó intentan vivir, con la venta de sus productos á los aficionados. Agreguemos que los escritores por su lado están á merced del desdén público, y que tanto para las artes como para las letras hay siempre entre el productor y el consumidor, un intermediario; el comerciante, el editor.

No hablemos de los poetas que suelen tener que rascarse el bolsillo si quieren ver impresas sus producciones y que cuando se obstinan en querer vivir de su pluma tienen que hacerlo llenando un mezquino empleo en la prensa ó en las casas de comercio.

Nada hay, por lo tanto, que distinga á los trabajadores ordinarios de los que se ha dado en llamar «obreros del pensamiento», fuera de que algunos de éstos no tienen que aguantar la tiranía patronal á la que están sometidos los primeros, y que, por lo general, se profesa más estima al escritor y al artista que al obrero. Sobre este punto bastante especioso, parece que el sentimiento de los mismos artistas está de acuerdo con la opinión extendida, y por esto nos limitaremos á examinar bajo qué aspecto estas individualidades, anarquistas por tendencias, nos parece se apartan de la verdadera línea de la evolución humana.

En los ambientes artísticos se suele estar muy propenso á burlarse de la ciencia; los individuos que se consagran al arte tienen la costumbre de atribuirse una intuición que, según ellos, es superior á la experiencia y al raciocinio... ¿Pero, es que existen leyes naturales, que nosotros ignoramos, que establezcan una demarcación infranqueable entre los sabios y los «imaginativos»? Nosotros nos permitimos dudarlo. Por desemejantes que sean las aptitudes de unos y otros, no hay que sacar en conclusión que los hombres de ciencia, que tampoco están exentos de orgullo y de parcialismo, no podrán nunca vivir en paz con los artistas. «Que cada uno cumpla su deber»; dice Tcharoudalta, en el *Chariot de terre cuite*. Y que cada uno realice su obra. Pero á nosotros nos causa extrañeza cuando vemos, por ejemplo, jóvenes

escritores que envuelven sus aspiraciones hacia la Belleza y la Fraternidad con una nube de ensueños místicos que á nada conduce. Y lo mismo nos pasa cuando los artistas jóvenes, so pretexto de simbolizar nuestras pasiones y esperanzas, acaban por caer en una confusión pueril y peligrosa. La esencia misma del arte la constituye la claridad, la luz; su más alta expresión es la simplicidad, pero una simplicidad fuerte y viril que haga comprensible la palabra poética á todos los espíritus entusiastas y á todos los corazones adoloridos. Y lo que es necesario en la poesía lo es asimismo en la música, en la pintura y en la escultura. Dejemos que los temperamentos excepcionales se produzcan á su modo, que en fin de cuentas no hay muchos y sería ridículo negar que su rareza, á menudo enfermiza, no se alía á veces con el talento. Y más ridículo sería aún querer imitarles atendido que, sobre todo en arte, el espíritu de imitación es perjudicial, y que además, sólo puede imitárseles el lado débil de sus obras. Renunciemos al arte de los cenáculos y á los libros que sólo descifran trabajosamente cuatro ó cinco lectores de buena voluntad. Trabajemos y permanezcamos sinceros en nuestras obras.

Los tiempos actuales no quieren saber nada de religiones ni de misticismos. Ya que nos llamamos y somos anarquistas, pensemos en nuestros hermanos de miseria, que, una vez terminada su dura labor diaria, hallan aún la fuerza suficiente para consagrar al estudio unas cuantas horas de su reposo. Y mientras estos valientes procuran adquirir una intelectualidad, procuremos nosotros prepararles una literatura y un arte que sean dignos de ellos, dignos de nosotros y dignos de nuestro común ideal.



El hijo del camino

(Conclusión.)

III

El primero, que parecía consumido por el estudio, la riqueza y los vicios, dijo á Juan casi medrosamente, acompañando la frase con ademanes oratorios:

—Su amor no se alcanza por fuerza... Puedes llegar á lograrlo, pero no así. ¿Cómo ha de amarte si tus caricias son zarpazos? Adquiere instrucción y cultura. Eres libre... Ejercita los derechos que te permiten igualarte á los quesomos preferidos.

El segundo, que vestía ropa negra y talar, le dijo endulzando el desengaño con acento meloso.

—El amor de esta mujer no es para tí. Conténtate con su caridad. Los favoritos de ahora son los dichosos de aquí abajo... tú serás de los bienaventurados allá arriba. ¡Hay otra vida! ¡Cree, sufre y espera!

El tercero de aquellos hombres, que ceñía espada y llevaba en el traje bordados de oro, le dijo ásperamente:

—Si das un paso más hacia ella te mataré con esta arma que tu mismo has forjado.

Juan salió profiriendo amenazas y Luz quedó estremecida de pavor, como la ciudad de las rameras ante la voz de los Profetas.

IV

Poco tiempo después, una explosión formidable destruyó la soberbia morada. Lienzos en que el genio imitó la Naturaleza, mármoles en que palpitó la vida, páginas preñadas de ciencia y poesía, prodigios del arte y maravillas de la industria... todo fué destruído, y sobre un montón de escombros humeantes quedó Luz aun viva, pero desgarradas las carnes, bañada en su propia sangre, espantosa, mutilada y deforme.

Juan confesó el delito con altanería y se dispuso á purgarlo con valor. ¿Qué le importaba morir? Su crimen fué salvaje, porque lo aconsejaron el deseo frustrado y la razón escarnecida, pero su causa era justa. El delincuente se consagró mártir. Otros tan desdichados como él vendrían detrás. Luz habría de sentarles á su mesa en el banquete de la vida y darles la parte de amor que les correspondiese, ó resignarse á perecer.

No se repliega el viento á los senos misteriosos donde nace, ni el agua retrocede á las fuentes en que brota; pero el espíritu está sujeto al atavismo como el cuerpo á la herencia. Juan era hijo del camino.

Fué condenado á muerte, y llegada la hora tremenda entró con pie firme y ánimo sereno en la capilla; lugar en que, dudosa de sí misma, busca la justicia humana complicidad en la divina.

Allí esperaban los tres personajes que ampararon á Luz. Uno representaba la ley: otro mandaba la fuerza armada: el tercero le ayudaría á bien morir.

Faltaban pocos minutos para subir las gradas del patíbulo, cuando, por especial permiso de quién podía concederlo, entró en la estancia un hombre con un papel en la mano. Tomólo el sacerdote, y pasando por el escrito los ojos, dejó enseguida caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—¡Es el indulto!—preguntó Juan, sin miedo ni esperanza.

—No: es una carta de tu madre. Te infundirá valor. Toma y lee.

Juan la estrujó contra sus labios en silencio, lloró sobre ella y devolviéndola al ministro de Dios, repuso amargamente:

—¡No me han enseñado! ¡No sé!